

armada, y le conserva del mismo modo que los bandidos románticos se apoderaron de los equipajes de los viajeros en la edad de oro de las diligencias.

Toda la importancia del hombre político estriba, según Paul de Casagnac, en el carácter. El talento según él, no sirve para nada. Porque un hombre de talento que no es valiente, hace una triste figura en el terreno. Los pensadores en política lo estropean todo. Son precisos los soldados. No importa que sean unos animales con tal de tener unos buenos puños.

No vayáis á la escuela sino á los gimnasios y salas de esgrima.

Yo, por el contrario, creo que si el carácter no va acompañado de algo, no sirve de nada bueno. Porque Troppman era un carácter también y otros mozos se jugaron la cabeza como cualquier hombre político; y es más, si se permitiera extender la comparación, diría que entre ellos y un conquistador cualquiera, no veo más diferencia que la de una escena más ó menos grande.

Trato de probar que si el carácter no se agrega al talento, es decir, la inteligencia en la fuerza de su corazón y su lógica, el hombre será sólo una fiera peligrosa, que matará con más ó menos heroísmo. Ser fuerte es el buen sentido de la palabra, no es únicamente querer y poder,—en este caso se encuentran casi todos los bandidos—es tener genio; es dejar tras sí una creación de verdad y de justicia.

La lucha, está pues, entre la pluma y la sangre.

Y yo pregunto ¿qué imperio ha fecundado la sangre? ¿Qué es de la conquista hecha por la espada? ¿Qué del imperio de Alejandro? ¿Qué del imperio de Napoleón? Toda esa lluvia de sangre ha empapado la tierra sin hacer brotar siquiera una idea.